

# EL ANTIFEMINISMO DE LAS CONTRASEXUALIDADES EMERGENTES

M.<sup>a</sup> José Binetti\*

IIEGE-CONICET, Universidad de Barcelona

[mjbinetti@gmail.com](mailto:mjbinetti@gmail.com)

## RESUMEN

Nos proponemos mostrar en este texto por qué el proyecto político que Paul-B. Preciado denomina «contrasexual» choca por principio con el proyecto político del feminismo. Por contrasexualidad entiende Preciado la producción política de ficciones y goces que invierten, subvierten o recombinan las ficciones del sistema heteronormativo hegemónico, mientras que por sexualidad entiende el feminismo –junto con la Organización Mundial de la Salud– la energía vital y creadora irreducible a determinaciones sociopolíticas o biológicas. Nuestro análisis será estrictamente filosófico e intentará exponer la incompatibilidad radical entre el antirrealismo sociolingüístico de las teorías *queer*, constructivistas en cuanto a los géneros y relativistas en materia ético-política, y el neorrealismo material del feminismo, articulado por paradigmas complejos, interactivos e integrados.

**PALABRAS CLAVE:** esquizoanálisis, sadomasoquismo, micropolíticas, géneros, diferencia sexual.

## THE ANTIFEMINISM OF EMERGING COUNTER-SEXUALITIES

## ABSTRACT

This article aims at showing why the political project that Paul-B. Preciado calls «counter-sexual» clashes on principle with the political project of feminism. By counter-sexuality Preciado means the production of fictions and enjoyments that invert, subvert or recombine the fictions of the hegemonic heteronormative system, while by sexuality feminism –together with the World Health Organization– understands the vital and creative energy irreducible to socio-political or biological determinations. The current analysis will be strictly philosophical and will attempt to expose the radical incompatibility between the socio-linguistic antirealism of queer theories, constructivist in terms of gender and relativist on ethical-political matters, and the material neo-realism of feminism, articulated by complex, interactive, and integrated paradigms.

**KEYWORDS:** schizoanalysis, sadomasochism, micropolitics, genders, sexual difference.



## INTRODUCCIÓN

La dominación de las mujeres es sexual y lo sexual es, por ende, político. Con esta afirmación comienza el feminismo como teoría y praxis emancipatoria. También lo contrasexual es político, o mejor, contrapolítico e incompatible con la emancipación que el feminismo propone. Sobre la incompatibilidad de ambos paradigmas conceptuales y políticos debatiremos en estas páginas.

Tomamos el concepto de «contrasexualidad» de Paul-B. Preciado, quien a su vez lo remite a Michel Foucault. Por tal se entiende la producción de goces y relatos contrarios a las formas disciplinarias de la modernidad, la creación de tecnologías y *performances* contradisciplinarias (Preciado, *Manifiesto* 19). Si lo disciplinario consiste, según el dúo teórico Foucault-Preciado, en la producción de mujeres y varones, la estética contradisciplinaria apunta en cambio a producir contrasexualidades «sin hombres ni mujeres, sin penes ni vaginas» (Preciado, *Un apartamento* 309). Si lo sexual reside en su diferencia, lo contrasexual será «tener pene y clítoris o ninguna de las dos cosas, o un tercer brazo en lugar de un pene, un clítoris en el medio del plexo solar o una oreja erotizada destinada al placer auditivo» (Preciado, *Un apartamento* 250). A lo contrasexual corresponde un tipo de goce omnipotente más allá del principio del placer y la creación erótica, del cuerpo y la subjetividad, que intentaremos analizar en estas páginas.

El objetivo de este trabajo será mostrar las razones por las cuales entendemos que el proyecto contrasexual elaborado principalmente por el continuo teórico-*queer* Foucault-Butler-Preciado es de suyo antifeminista, además de ser antirrealista. El análisis que intentaremos llevar a cabo será estrictamente filosófico y las críticas vertidas, potencialmente muchas y muy diversas, se harán desde el punto de vista del feminismo en tanto que ontología material, dialéctica y dinámica de la diferencia sexual (Binetti, *On the Ontological Concept*). Valga precisar –por si acaso hiciera falta– que no criticaremos aquí elecciones personales, realidades de hecho o legítimos reclamos en materia de derechos humanos universales, sino en todo caso los relatos interpretativos que intentan traducir deseos subjetivos en derechos humanos universales a costa de derechos humanos ya adquiridos.

A efectos de comprender la génesis y configuración de las contrasexualidades *queer*, nos remontaremos a la sexopolítica freudomarxista y su expansión en los movimientos contraculturales de las décadas de los sesenta y setenta. Mostraremos cómo se gestan, a partir de la interpretación política del psicoanálisis freudiano, las tres grandes líneas argumentativas que alimentan el antifeminismo contrasexual, a saber: el postestructuralismo posmoderno, el libertarismo sexual y el constructivismo sociolingüístico de los géneros. La discusión de los ochenta entre libertarios sexuales y feminismo reaparece hoy, *mutatis mutandis*, en los actuales debates feministas.

---

\* ORCID: 0000-0003-1850-6408. ResearcherID Publons AAH-8371-2021.

## 1. DE MOLÉCULAS SEXUALES Y ESQUIZOPOLÍTICAS

El psicoanálisis freudiano tuvo el mérito de sacar lo sexual del paradigma ya biológico ya moral al cual había estado ceñido hasta entonces, y convertirlo en energía psíquica constitutiva de toda dimensión subjetiva e intersubjetiva. La lectura filomarxista de Sigmund Freud pondrá el acento en lo sexual como realidad eminentemente política, intentando una suerte de síntesis entre el psicoanálisis y la revolución proletaria. *Eros y civilización* (1955) constituye al respecto una obra fundacional, donde lo político será radicalmente sexualizado y lo sexual, politizado. En ella, Herbert Marcuse sienta las bases de una nueva concepción de la sexualidad caracterizada por la oposición entre el principio del placer y el principio de realidad: el primero identificado con el dinamismo material psicosexual, básicamente un imaginario autoproductivo; el segundo, con la superestructura represiva del sistema capitalista. Marcuse convierte de este modo la tensión intrínseca de lo sexual tal como Freud la articuló en un choque extrínseco entre la sexualidad, en sí misma íntegra y armónica, y la realidad exterior, racional y represiva. Dado que realidad y racionalidad son elementos opresivos de la energía sexual, esta debe liberarse de aquellos a fin de florecer de manera armónica y sin trabas en la sociedad comunista. Marcuse entiende la sexualidad como una especie de naturaleza original, inmaculada y sin mancha, que la sociedad corrompe desde afuera, una suerte de «Ser auténtico» (Puleo 199) al cual se accede una vez rotas las cadenas de la racionalidad capitalista. La propuesta sexopolítica de *Eros y civilización* consistirá en crear una comunidad basada en la fantasía y la producción estética, emancipada de la realidad racional.

La indisoluble alianza freudomarxista entre economía libidinal y economía política enmarca la revolución sexual de los años sesenta y setenta, operada por la fuerza política del sexo y la imaginación. El credo de Mayo del 68 le reza al secreto poder revolucionario del orgasmo en estos términos: «cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución. Cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor» (Puleo 113). A la revolución del 68 le sucederá la generación sexopolítica de los años setenta, representada por autores como Gilles Deleuze, Félix Guattari, Guy Hocquenghem, Jean-François Lyotard, Michel Foucault o Jean Baudrillard. Con ellos, el marco estructural del marxismo y el psicoanálisis cederá en favor de un postestructuralismo posmoderno, descreído de los metarrelatos universalizantes e inclinado al diferir molecular, múltiple y rizomático de microrrelatos particularizantes. Tanto el poder como la sexualidad se componen de microfuerzas elementales, descentralizadas y desorganizadas, en permanente producción social. Si con Marcuse la libido se emancipó del principio de realidad y se confió a su propia armonía intrínseca, con el posestructuralismo lo sexual será liberado de la subjetividad y el cuerpo, y entregado a la maquinaria de producción cultural. Nos detendremos a continuación en algunos autores canónicos de esta generación.

El *Anti-Edipo* sienta el gran principio esquizopolítico según el cual «el deseo es máquina» (Deleuze y Guattari 306) y se articula con la máquina de producción social. Deseo y capital siguen una misma lógica de desterritorialización, nomadismo y expansión ilimitada. El esquizoanálisis de Deleuze y Guattari pulveriza la sexualidad en un sinnúmero de pulsiones parciales y monádicas a las que nada les falta.



Las moleculopulsiones son unívocas, es decir, equivalentes e indiferentes las unas a las otras. Ellas no tienen desarrollo interior ni fin ni objeto diferencial, solo conexiones y desconexiones extrínsecas y aleatorias. Las pulsiones parciales atraviesan cuerpos sin órganos ni subjetividad al modo de agitaciones libidinales que producen, por efecto pantalla, un postsujeto igualmente aleatorio y fugaz. En los términos del *Anti-Edipo*, «el único sujeto es el propio deseo sobre el cuerpo sin órganos» (Deleuze y Guattari 78). Esto no quiere decir que el sujeto produzca un deseo, sino que el postsujeto es producido por la maquinaria social cual «unidad ficticia de un yo poseedor o propietario (sexualidad anedíptica)» (Deleuze y Guattari 78). El postsujeto carece de rostro e identidad, sus agitaciones no tienen historia ni continuidad ni alteridad constitutiva, más bien intermitencias y cointermitencias de superficie que producen, en cada caso, las veces de un yo.

Desde el punto de vista político, la sexualidad esquizoanalítica opera por agregación y desagregación de microagenciamientos capaces de desencadenar macroeventos colectivos y revoluciones moleculares. El objetivo microagencial consiste en desterritorializar y decodificar los viejos estratos molares –sujeto, sustancia, cuerpo, fin, identidad– a fin de producir nuevos códigos y territorios, abrir líneas de fuga, procesos y devenires moleculares. La propiedad de lo «esquizo» alude justamente a tales movimientos descentrados, decodificados e imprevisibles, en comparación con la presunta rigidez normativa de la estructura edípica. A partir del *Anti-Edipo*, el paradigma esquizoide definirá la sexopolítica sucesiva en el sentido de una sexualidad molecular y postsujeto sin órganos ni cuerpo, compuesto por agitaciones múltiples que proliferan a medida de la maquinaria social. También la torción materialista de las teorías *queer* procede de este vitalismo indiferenciado deleuziano-guattariano, cuya pura fluidez indecible será codificada por la maquinaria política.

La *Economía libidinal* de Lyotard se ubica en la perspectiva antiedípica de una libido descentrada, sin objeto ni sentido ni fisuras, igual en todas sus rizomáticas partes. La libido de Lyotard determina todo cuerpo –orgánico, inorgánico y sin organización–, todo discurso y sistema, incluida la economía capitalista; ella anima todas las regiones y las «ocupa sin condición, condición es regla y saber» (Lyotard 12). En el mismo sentido, Jean Baudrillard entiende lo sexual como diferencia pura que opera en el vacío indeterminado. En sus propias palabras, «el estado de la revolución sexual es también el de la indeterminación. No más querer, no más prohibiciones, no más límites: es la pérdida de todo principio referencial» (Baudrillard, *Seduction* 5). A la indeterminación radical le corresponden las hiperdeterminaciones en y del vacío mismo, vale decir, la hipersexualidad de la seducción, el juego, las ficciones, simulacros y simulaciones sin original ni copia. Y resulta que, como en los viejos relatos, la seducción es la mujer. La propuesta sexopolítica de Baudrillard se resuelve así en un hiperrealismo hipersexual, productor de lo obsceno, lo excéntrico y lo pornográfico en el diferir de lo puramente indeterminado (Baudrillard, *Selected* 188).

Si para la macropolítica marcusiana, la revolución debía erosionar el principio de realidad y racionalidad a fin de restituir lo sexual a su integridad originaria, para la micropolítica posmoderna solo hay ficciones hipersexuales sin original ni



copia, proliferando cancerígenamente en el vacío. El proyecto contrasexual heredará de la posmodernidad el vaciamiento de un cuerpo sin órganos ni sujeto ni intencionalidad, mera materialidad amorfa agitada por pulsiones parciales que se conectan y desconectan según la maquinaria política proceda.

## 2. HACIA UNA DEMOCRACIA SADOANAL

La revolución sexual puso en marcha novedosas modalidades de goce masculino, liberadas al poder de la fantasía y –paradójicamente– también del capital. Siguiendo a la historiadora Sheila Jeffreys, las décadas de los setenta y ochenta expandieron la supremacía masculina más allá de la institución matrimonial, aunque sin perjuicio de la misma, produciendo nuevas formas de subordinación femenina en la esfera pública y comercial (Jeffreys, *Anticlimax*; Leidholdt y Raymond). La revolución no logró expandir el marxismo, pero sí el mercado del goce masculino. La mujer pasó de ser objeto de uso privado y familiar a ser además objeto de consumo masivo a través de la industria pornográfica y prostituyente. Junto con el mercado sexual, se visibilizaron también algunas prácticas eminentemente masculinas que reclamaron legitimación social. Léase pedofilia, exhibicionismo, travestismo, transsexualismo, necrofilia, sadomasoquismo, saliromanía e incesto, entre otras (Jeffreys, *Anticlimax* 70-71, 117-118). Los alegatos en defensa de tales prácticas insistieron en la idea de la sexualidad como una actividad puramente lúdica y creadora, sin mácula ni sombra, cuyo único límite debía ser el libre consentimiento individual.

De particular importancia resulta la lucha por despatologizar y emancipar la homosexualidad masculina de los mecanismos de control social, particularmente endurecidos durante la época victoriana y el periodo de postguerra. Al respecto, la *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber* de Foucault (2014) constituyó una herramienta fundamental para visibilizar los dispositivos sociopolíticos –saberes, tecnologías y prácticas– que normalizaron la sexualidad reproductiva. Según Foucault, la sexualidad que conocemos hoy es un invento de la modernidad victoriana y se define, entre otras cosas, por la institucionalización de las prácticas reproductivas y la psiquiatrización del placer homosexual presumido perverso. El planteamiento foucaultiano reduce lo sexual a un efecto de las tecnologías de producción sociopolítica. No hay nada «natural» en lo sexual que preceda o exceda los dispositivos de poder que lo producen. Si bien la sexualidad carece de reglas, Foucault reivindica al sadismo como una suerte de ideal sexual postdisciplinario. El autor descubre en Sade la quintaesencia de la sexualidad, su fuerza emancipatoria, que residiría en la afirmación de la violencia, el desorden y la destrucción permanente (Foucault, *Language* 93-146). Sade le revela a Foucault la voluntad de poder como núcleo productor de la sexualidad, elevada al límite extremo de la tortura y la muerte. El sadismo afirma la voluntad de poder como voluntad de aniquilación, y constituye así una cuasiesencia sexual.

Se entiende entonces que el sadomasoquismo constituya una praxis insignnificativa de las nuevas sexualidades moleculares y rizomáticas, gracias a su fundamental capacidad de sometimiento y desmembramiento del cuerpo sexuado. Foucault lo



define como la erotización de las relaciones desiguales de poder –varón-mujer, activo-pasivo, *top-bottom*, *butch-femme*, adulto-niño– (Foucault, ¿*Qué hacen* 94). El S/M despedaza el cuerpo en partes manipulables, lo descentra y desfonda la subjetividad hasta alcanzar una especie de éxtasis sadomístico análogo a la muerte (Córdoba, Sáez y Vidarte 223 ss.). Tal práctica encuentra en Gayle Rubin a una ferviente defensora, admiradora además de la cultura gay e imitadora de sus códigos y territorios a *la butch*. En sintonía con los usos y costumbres homomascuinos, Rubin reivindica las subculturas sado, el fetichismo, la promiscuidad, el sexo público, la transexualidad y el sexo transgeneracional, todo bajo la doble modalidad libre o comercial. Ella aboga igualmente por la descriminalización de la industria pornográfica y prostituyente en su totalidad (Rubin, *Deviations*).

Los argumentos utilizados por Rubin –al igual que antes por Foucault y después por Preciado– para justificar el sexo transgeneracional apelan a la índole lúdica e inocente de la sexualidad, de cuyo goce no puede provenir ningún mal y solo el prejuicio social reprime y castiga. Dada la univocidad de la agitación sexual postulada, ciega a fines u objetos, estos autores son incapaces de distinguir entre el apego materno y la violación de niños en Túnez, o el amor por los animales y la zoofilia (Preciado, *Terror anal* 169-70). Cualquiera de estas prácticas amplía y enriquece a su juicio la condición humana y sus fetiches. El único límite válido en materia sexual sería el consentimiento individual, que algunos grupos gays bajaron hasta la edad de 4 años (Jeffreys, *Anticlimax* 143). Otro de los usuales argumentos de justificación de la pedofilia consiste en la urgencia de liberar a la infancia de la opresión familiar, subsidiaria de la acumulación capitalista y la normalización heterorreproductora (Jeffreys, *Anticlimax* 134 ss.). El acceso de los menores a un sano romance con los adultos los emanciparía de los prejuicios impuestos por la familia y los elevaría a una desigualdad de poder libre y constructiva.

A los efectos de avanzar en su agenda libertaria, Rubin intenta emanciparse también del feminismo por considerarlo incapaz de abordar la política sexual. Mientras que en *El tráfico de mujeres* (1975), ella instala el dualismo sexobiológico y génerosociopolítico a fin de adscribir al feminismo las cuestiones de género, en *Pensando el sexo* (1984) Rubin da un más y distingue el género como política feminista de «lo sexual» como un nuevo abordaje político del sexo adscrito ahora a la sexopolítica libertaria que ella representa. Este artilugio argumentativo le permite a Rubin encorsetar al feminismo como una teoría de género desexualizada, y atribuir lo sexual a su propia propuesta sado-*butch*. La estrategia de asignarle al feminismo un género sociocultural abstraído de la sexualidad –como si sexo y género fueran compartimentos estancos y el sexo no fuera él mismo político– le permitió a Rubin atribuirse una teoría radical de la sexualidad y oponerla al supuesto conservadurismo antisexual que el feminismo representaría. Los libertarios sexuales lograrían de este modo desligarse de un feminismo moralista, abocado a un género neutro y asexual.

En el marco de su radical teoría de la sexualidad, Rubin se pregunta «¿qué posible importancia social puede tener que a una persona le guste masturbarse con un zapato?» (Rubin, *Thinking* 310). En efecto, desde el punto de vista de una sexualidad emancipada de todo principio de realidad, da lo mismo masturbarse con un



zapato, la orina, los niños de Túnez, las heces, un loro o cualquier otro fetiche. Se trata en todo caso de moléculas pulsionales recodificadas que agitan un cuerpo físicamente desmembrado y psicósomáticamente disociado. El esquizocuerpo de Deleuze y Guattari, atravesado por agitaciones sin objetivo ni intencionalidad, constituye el marco ineludible de este polimorfismo homogeneizador, cuyas eyaculaciones se miden por fugas micromoleculares.

El *Anti-Edipo* es también fuente de inspiración de *El deseo homosexual*—por supuesto homomascuino— de Guy Hocquenghem. La propuesta de este texto consiste en recodificar el cuerpo gay a partir del ano: círculo de los círculos, uróboros interminable y anillo siempre dispuesto a una pene-tracción infinita. Para Hocquenghem, el ano constituye el órgano por excelencia de la desterritorialización heteronormativa y la reterritorialización democrática e igualitaria. En concreto, la pulsión anal iguala universalmente a todos, deroga la reproducción sexual—subsidiaria de la producción capitalista— y colectiviza el deseo. En palabras de Hocquenghem, «el deseo homosexual es un deseo de grupo, grupaliza al ano» (88). Los anales de Hocquenghem invocan el polimorfo poder de ese «abrirse hasta el infinito de las conexiones posibles en todos los sentidos sin lugares asignados» (89). En el origen es el ano, principio de toda evacuación posible. En síntesis, «abre tu culo y se abrirá tu mente», como recomiendan Sáez y Carrascosa (7).

La política sado-anal confirma la supremacía del único sexo capaz de todo: pene-trar y ser pene-trado. Su omnipotencia ha roto los límites de la castración edípica para persistir en la infantil—y muchas veces también pederasta— fantasía de ser todo. La democracia sado-anal no solo ha borrado a las mujeres heteronormadas y su placer no anal, sino también a las mujeres clitorianas y su goce impene-trable, ambas sustituidas por un funcional agujero omniinclusivo. El falogocentrismo anal disputa así la supremacía masculina con el falogocentrismo vaginal y, desde el paradigma contrasexual, su indiferenciación inclusiva triunfa sobre este. El nuevo paradigma anal ya no se conformará con el estereotipo de marica afeminado, sino que reclamará para sí la hipermasculinidad del sado y el oso hiperpenetrador.

El ideal contrasexuado de una democratización sado-anal será profundizado por Paul-B. Preciado, como veremos, quien repone el ano como «centro contrasexual universal» (*Manifiesto* 30). La centralidad del ano reside en su aptitud para sustituir la diferencia femenino-masculina por un nuevo paradigma diferencial basado en «orificios penetrables y terminaciones penetradoras» (Preciado, *Testo* 206). Con Preciado, no solo la vagina es sustituida por algún orificio penetrable, sino también el pene es elevado a las posibilidades igualitaristas de una dildonización universal. En el marco de un falogocentrismo omniinclusivo, Preciado sustituye el pene por un dildo, algún brazo, pierna o cualquier otro objeto idóneo para la pene-tracción, elevando el ano a la altura de un *fist-fucking* antisistema y postidentitario.

Desde el punto de vista contrasexual, la diferencia entre el falogocentrismo hetero y el universal sado-homo es por un ano. Ambos mantienen el paradigma de la pene-tracción en versión ya edípica ya postedípica, potenciada esta última por el acceso omnipotente a cualquier cosa—ano, vagina, niños de Túnez, zapato, heces o cabra—. Respecto de las mujeres, el de la revolución sexopolítica de los setenta significó su completa sexualización pública y comercial (Jeffreys, *Anticlimax* 80), entendiendo



por sexualidad la voluntad de poder, destrucción y tortura que Sade consagra, y que la multibillonaria industria prostituyente expande molecular y rizomáticamente.

### 3. EL CONSTRUCTIVISMO DE LOS GÉNEROS

La sexopolítica de los setenta y ochenta recibirá una década más tarde el impulso renovador de una categoría central para la política feminista, a saber, el «género» y su devenir multiplicador en infinitud de «géneros» nomádicos y minimalistas. Recordemos brevemente que la categoría de «género» fue introducida en la teoría política feminista a partir de los ochenta con el propósito de distinguir y desagregar los aspectos históricos y contingentes de la socialización de las mujeres del sexo biológico. Si bien como categoría de análisis propia de las ciencias sociales el «género» contribuyó a la visibilización de los modelos de historización y socialización del sexo, sin embargo, desde el punto de vista filosófico, supuso instalar una antropología dualista según la cual cuerpo sexuado y género psicosocial serían extrínsecos e independientes. Vale decir, instaló una disociación funcional en el continuo dinámico biopsicosocial que la diferencia sexual supone, como si varones y mujeres no fueran una unidad integrada mente-cuerpo. Tal esquema dualista, que podría haber sido superado en el marco de una filosofía realista y material, fue sin embargo radicalizado por los propios supuestos sociolingüísticos del culturalismo postmoderno americano, y resuelto finalmente en un monismo discursivo o bien en un materialismo igualmente determinado por la maquinaria social (Binetti, *Del género a los bio/cis/trans/tecno/post-géneros*).

La autora canónica respecto de la radicalización constructivista del género es Judith Butler, para quien el sexo es resultado de prácticas discursivas y tecnologías de poder. Si hasta ese momento la sexopolítica había supuesto cierta irreductibilidad entre lo sexual como dinamismo material y lo político como dispositivos de poder, con Butler lo primero quedará reducido a lo segundo. Butler le adeuda al giro lingüístico y el postestructuralismo francés de la segunda mitad del siglo xx la primacía del significante sobre lo significado, del discurso sobre el sentido real. Dicho de otro modo, para Butler la palabra no dice la cosa percibida, imaginada, representada y conceptualizada, sino que la palabra crea la cosa percibida, imaginada, representada y conceptualizada. El lenguaje constituye para ella la condición de posibilidad de la realidad misma, reducible en última instancia a una función discursiva. Tal es el contexto en el cual esta autora interpretó el sexo biológico como un efecto de superficie de la performatividad, es decir, de las repeticiones discursivas –fonéticas o escritas– inscritas en la ausencia de lo real y cuya reiteración a lo largo del tiempo produciría la ficción de un sexo «natural» y preexistente a las cadenas significantes del *a priori* sociosimbólico. El género resulta así el «verdadero aparato de producción en y por el cual los sexos son establecidos» (Butler, *Gender 7*). Cuerpos, deseos, sexualidades, realidad y verdad son materializaciones del discurso. El modo en que la entelequia sociosimbólica del lenguaje deviene individuos materiales sexuados, es difícil constatarlo. Butler apunta a la función de la fantasía –¿de quién?– como instanciación de lo simbólico social en lo subjetivo-individual.





Este tipo de constructivismo lingüístico presupone una concepción del sujeto radicalmente discursiva y, por lo tanto, social. El sujeto es sujeto en tanto que hablante, y habla en tanto el lenguaje se instala en él –¿en quién?– a través de la fantasía. No hay en este sentido para Butler un sujeto material, afectivo, imaginario y cognoscente en quien el discurso permea, sino postsujetos hablantes y sociales constituidos en y por el discurso. Animales, niños pequeños o personas sin habla no serían en este sentido sujetos. Tampoco mujeres y varones serían sujetos materiales sexuados, afectivos, imaginarios o cognoscentes antes de que la cultura les haya asignado desde afuera el género que los define como mujeres o varones. En palabras de Butler, ser varones y mujeres es «función de un discurso decididamente público y social, la regulación pública de una fantasía a través de las políticas de superficie del cuerpo» (Nicholson 90). El sexo es así una posición discursiva de los sujetos hablantes que no tiene nada que ver con el cuerpo sexuado.

Ahora bien, en la medida en que la realidad en general y el sexo en particular es efecto político-discursivo, no hay razón para creer que los sexos son «de verdad» solo dos. En palabras de Butler, «si la verdad interna del género es una fabricación y si un género verdadero es una fantasía instituida e inscrita en la superficie de los cuerpos, entonces parece que los géneros no pueden ser ni verdaderos ni falsos, sino completamente producidos como efectos de verdad de un discurso de identidad estable y primaria» (Nicholson 91). Butler nos invita así a superar el binarismo de los géneros inventando nuevos géneros cuya medida de verdad o falsedad es el género mismo, su propia regla de enunciación y *performance* individual. Cada sujeto discursivo está llamado a performar su propio género.

El constructivismo radical invierte de este modo el sentido que el género tiene para la teoría feminista. En efecto, mientras que el feminismo intenta visibilizar el género como aparato de opresión y desigualdad social entre varones y mujeres a fin de erradicarlo, el constructivismo discursivo de Butler propone erradicar a mujeres y varones multiplicando los géneros. La propuesta ya no consiste en eliminar el género como estructura, sino en multiplicarlo como microagenciamientos por repeticiones subversivas y prácticas de significación innovadoras. De otro modo, ya no se tratará de desidentificarse de la opresión, sino en desidentificarse de ser mujeres, porque ser mujeres es un universal vacío y abstracto llamado a desmentir lo individual. Dado que el sujeto es una función social instalada como fantasía individual, nada más que la norma social le impide dejar de ser varón o mujer, transmutar a otros géneros, producir nuevos goces, sexos y contrasexualidades. Dado además que para el constructivismo solo existe lo individual, la tendencia es la de una reproducción genérica transfinita.

Aparece así la categoría de «identidades de géneros» (*Principios de Yogyakarta*) como aquel imaginario subjetivo donde cada uno proyecta, performa y determina su propio sexo-género. El sueño marcusiano de una sexualidad emancipada del principio de realidad y librada a la propia fantasía se cumple ahora, a título micropolítico, en la identidad de género de cada cual. El post-sujeto contrasexuado performa su propia identidad de género a fuerza de proyecciones imaginarias, *performances* discursivas, agenciamientos nomádicos y rizomáticos. Su identidad postsubjetiva se compone de las sucesivas identificaciones imaginarias que el aparato social produce



y entre las cuales el sujeto escoge. Rafael Mérida Jiménez comenta al respecto que, en el planteamiento constructivista, «el yo se convierte en el problema de desear un yo y por lo tanto en la necesidad de un ámbito social» (Mérida Jiménez 205). Dado que no hay sujeto fuera de la cadena de significantes sociales, aquel debe ser importado desde afuera cual epifenómeno cultural. El postsujeto tampoco tiene cuerpo, sino un poscuerpo para armar mediante *performances* discursivas y maquinaria *high-tech*. Florecen entonces los dispositivos tecnológicos que la industria ofrece al cíborg transhumano, «híbrido de máquina y organismo, una criatura de la realidad social tanto como de la ficción» (Haraway 5).

Los tres grandes lineamientos conceptuales revisados hasta aquí, a saber, el postestructuralismo postmoderno, la revolución sexopolítica y el constructivismo de los géneros, desembocan finalmente en la conceptualización de la/s así llamadas teorías *queer/s*, síntesis de esquizoanálisis, ficciones contranormativas y subculturas sado. A esta síntesis conceptual y política nos referimos aquí como «contrasexualidades emergentes», aunque en rigor no hay en ellas demasiada novedad ni subversión. Estas teorías surgen en la academia de los noventa como interpretación culturalista posmoderna de los movimientos moleculares, en especial de los surgidos durante la crisis del sida como *ACT-UP (Aids Coalition to Unleash Power)*, *Radical Furies*, *Lesbian Avengers* y *Queer Nation*. Teresa de Lauretis fue quien introdujo la expresión «teoría queer» en la Academia (1991), aunque estrictamente hablando –como lo reconocen sus propios autores– no se trata aquí de ninguna teorización (Sáez 127-8), sino de una serie de microrrelatos heterogéneos y fluidos que comparten una posición reactiva y antiasimilacionista con respecto a la norma heterocisgénero.

Lo *queer* se enuncia como el resto, lo otro, la alteridad irreducible del sistema que persiste en su choque reactivo desde los márgenes exteriores al sistema. Una de las categorías transversales y comunes de los relatos *queer* es la de «diferencia», heredada del posestructuralismo francés que a su vez la recoge de la dialéctica hegeliana. La diferencia *queer* –en comparación con la diferencia inmanente, autorreflexiva y medial de la dialéctica feminista (Binetti, *On the Ontological Concept*)– es mera multiplicidad extrínseca e inmediata, pura posición directa en choque externo con la norma, de la cual es a su vez efecto. Ella hiperdetermina el vacío mismo y por eso se sucede de manera rizomática, fragmentaria e imprevisible, sin historia ni rostro ni continuidad de ningún tipo, porque no hay nada que continuar. Sus conexiones, desconexiones y recombinaciones son siempre aleatorias y fugaces; sus subversiones pertenecen a la ficción, porque no hay nada de fondo que subvertir.

Entre los múltiples y diseminados microrrelatos *queer*, nos centraremos a continuación en las contrasexualidades de Paul-B. Preciado, que entendemos son un punto de consumación del devenir sexopolítico. Las contrasexualidades operan a modo de *hacker* «mutante», constantemente rediseñadas a fuerza de testosterona sintética y prácticas *drag* (Preciado, *Trans-Fem.I.Nism*). La particularidad del constructivismo de Preciado consiste en la acentuación de las fuerzas tecnofarmacopornográficas como verdaderas usinas transhumanistas, gracias a las cuales asistimos a «el fin del cuerpo» (Preciado, *Manifiesto* 20) y el feliz advenimiento de postsujetos poscuerpo llamados a consumir, comprar y gestionar los órganos, moléculas y hormonas para armarse.



Los géneros que Preciado propone se fabrican «entre el lenguaje y las moléculas bioquímicas» (Preciado, *Trans-Fem.I.Nism*), de manera que ya no será cuestión de meras prácticas discursivas, sino además de intervenciones tecnofarmacopornográficas inscritas en la plasticidad infinita de la *potentia gaudendi*. En el plano contrasexual, la *potentia gaudendi* es una especie de contralibido orgásmica y masturbatoria universal, una contraenergía puramente indeterminada que «no tiene género, no es ni femenina ni masculina, ni humana ni animal, ni animada ni inanimada, no se dirige primariamente ni a lo femenino ni a lo masculino» (Preciado, *Testo* 38). La *potentia gaudendi* tampoco es activa ni pasiva, no distingue sujeto, objetivo u órgano alguno. Se trata, en una palabra, de la pura negatividad, del propio vacío como voluntad de poder hiperdiferenciante de nada. Esta contrapulsión deberá justificar el desmembramiento y la disociación postsubjetiva de los mutantes poscuerpo, como intentaremos mostrar.

#### 4. EL PATHOS CONTRASEXUAL

La voluntad contrasexual se propone ante todo y sobre todo eliminar la diferencia sexual del discurso, es decir, de lo real, superando así el feminismo por el *trans-fem.i.nism* (Preciado). La estrategia discursiva consiste en reducir la categoría «mujer» a una identidad de género heterocisnormativa, una ficción más de la transfinita serie de fantasías identitarias. En sintonía con Butler, el *Manifiesto contrasexual* asume que la condición primaria de los postsujetos no consiste en ser mujeres y varones, sino meros «cuerpos parlantes» neutros y asexuados en permanente producción genérica (Preciado, *Manifiesto* 18). De ahí la propuesta de eliminar toda relación entre el sexo legal y el sexo orgánico, y reconvertir masculino y femenino en códigos de libre circulación y adscripción molecular. Asimismo, el *Manifiesto* propone eliminar la relación entre la madre y el padre biológicos y las figuras legales de madre o padre, y reemplazar además la reproducción sexual por una procreación colectiva a partir de múltiples fluidos y dispositivos gestantes (Preciado, *Manifiesto* 29-30; *Un apartamento* 41, 65), de manera tal que las minorías reproductivas tengan asegurado el derecho a transmitir su información genética y formar una familia biológica (Preciado, *Un apartamento* 70).

Una vez emancipadas de la diferencia sexual y todo vínculo entre lo orgánico y lo legal, las contrasexualidades avanzan hacia la reproducción de microagenciamientos genéricos –anales y no anales–, en continuidad con la revolución libertaria de décadas anteriores. Entre tales agencias se encuentran, por ejemplo, la autocobaya, práctica de intoxicación autoexperimental que Preciado tecnoperforma en primera persona (Preciado, *Testo Yonqui*); las *performances drag* o travestis, tendientes a subvertir y reprogramar el género diagnosticado al nacer por el dispositivo médico; las prácticas *snuff politics* y postporno que recodifican la pornografía tradicional heteronormativa; el comunismo anal y en especial el *fist-fucking* como centro contrasexual (Preciado, *Manifiesto* 27; *Multitudes* 171). Cabe añadir los usos y costumbres antes mencionados como sadomasoquismo, fetichismo, voyerismo, exhibicionismo, coprofilia, coprofagia, pedofilia, necrofilia y la prostitución, tenida también por una



praxis disruptiva (Preciado, *Multitudes* 169-70; *Un apartamento* 90-95). En última instancia, valga mencionar los agenciamientos de extirpación de órganos o plastificación protésica de partes mediante complejas intervenciones biotecnológicas.

La promoción de tales prácticas supone la vieja premisa esquizoanalítica de cuerpos desmembrados y desubjetivados, atravesados por agitaciones moleculares polimorfas, sin intencionalidad ni fin ni desarrollo, capaces de recodificarse y conectarse al azar. La identidad de tales postsujetos coincide con una sucesión nomádica de identificaciones fragmentarias que la maquinaria económico-cultural deposita en la imaginación de cada cual. Cada identificación es una representación mental, interseccionada por otras tantas representaciones sociales de raza, nación, etnia, edad, lugar de residencia, orientación de género, religión, ocupación, peso, filiación, capacidades cognitivas, verbales, auditivas, visuales, ambulatorias, físicas de todo tipo, estado migratorio, estado civil, nivel educativo. En esta indecible cadena de significantes identitarios, la mujer ocupa el lugar de una representación sociocultural más, al mismo nivel discursivo que todo el resto. Dado que la única identidad es aquella representada y enunciada, se entiende la furia identitaria por obtener alguna existencia, a saber, agénero, andrógine, andrógino, andrógina, bigénero, cis, cis femenina, cis masculino, varón cis, mujer cis, cisgénero, cisgénero femenino, cisgénero masculino, cisgénero varón, cisgénero mujer, femenino a masculino, FTM, género fluido, género no conforme, género cuestionado, género variable, género *queer*, intersexual, masculino a femenino, MTF, ninguno, neutro, no binario, otro, pangénero, trans, trans femenina, trans masculino, varón trans, persona trans, trans\*femenina, trans\*-masculina, trans\*varón, trans\*persona, trans\*mujer, transexual, transexual femenina, transexual masculino, transexual varón, persona transexual, varón, mujer+.

El agregado y desagregado extrínseco de postsujetos produce una suerte de postsociedad que Preciado denomina «multitudes queer». Estas multitudes proliferan de manera indiscriminada y rizomática en los márgenes del sistema. Ellas carecen de principio unificador u organicidad, a no ser el criterio reactivo de choque y subversión del imperio heteronormativo. La democracia representativa, los derechos humanos universales y el conocimiento científico son para ellas mecanismos de control y uniformización ideológica, meros instrumentos de colonización imperialista que buscan oprimir a las minorías vulnerables. En el marco de su escepticismo radical, la estrategia política de las minorías *queer* consiste en apropiarse de los discursos hegemónicos a fin de vaciarlos de sentido. En sus propias palabras, la política *queer* «arrebata las armas al ‘enemigo’, se apropia de los conceptos elaborados para rendir cuentas de una supuesta entidad coherente y los relativiza hasta hacer de ellos útiles inservibles para la designación» (Córdoba, Sáez y Vidarte 169). Con ese objetivo, los relatores *queer* se han apropiado de las categorías de diferencia sexual, sexo, género, mujer, derechos humanos, etc., vaciándolas de todo contenido objetivo y público, y reduciéndolas al lenguaje privado de los propios deseos y fantasías individuales.

Estratégicamente entonces, conforme con el contrato contrasexual que exige eliminar el vínculo del sexo con el sexo orgánico de todo registro público, las multitudes reclaman que los sentimientos postsujetivos y postcuerpo se inscriban en los documentos públicos en el lugar del sexo (*Principios de Yogyakarta*, art. 3). En el universo político contrasexual, los derechos civiles son los que cada uno



se representa íntimamente y, en caso de conflicto de intereses entre los individuos, triunfarán aquellos mejor performados y fondeados por la maquinaria social. Los argumentos esgrimidos para justificar la homologación del sexo con las fantasías privadas son el derecho a la diversidad e inclusión. Por diversidad se entienden aquí las incontables proyecciones imaginarias, «bio», «trans» o «tecno», producidas por los dispositivos de poder (Preciado, *Testo Yonqui* 85). Por inclusión se entiende, por su parte, la homologación de mujeres y varones con cualquier otra construcción fantasmática conforme con el principio constructivista de que solo hay ficciones moleculares y nada más.

El resultado político son multitudes omnipotentes y narcisistas cuyos sentimientos son la medida de toda realidad y cuyos vínculos se establecen a partir de los fetiches de cada cual. Se desemboca así en un relativismo ético-político que promueve la producción de cuerpos y almas transhumanas al ritmo de un mercado global desregulado. Para decirlo con Rafael Mérida Jiménez, se trata de «la política del carnaval, la transgresión y la parodia» (148), profundamente antisocial, ahistórica y neoliberal, que opera por producción en serie de identificaciones transindividuales.

En síntesis, las contrasexualidades descritas emergen del mercado capitalista, sin el cual no hay producción transgenérica alguna. Preciado lo resume de este modo: «el capitalismo farmacopornográfico inaugura una nueva era en la que el mejor negocio es la producción de la especie misma, de su alma y de su cuerpo, de sus deseos y afectos [...] Consumimos aire, sueños, identidad, relación, alma» (Preciado, *Testo Yonqui* 44). Huelga explicar entonces la extraordinaria financiación internacional gracias a la cual prolifera cual rizoma la industria contrasexual.

## 5. LA REFUTACIÓN FEMINISTA

Sexo, sexualidad y diferencia sexual, claramente definidos tanto por el pensamiento feminista como por el marco jurídico internacional que protege a las mujeres<sup>1</sup>, son incompatibles con el relativismo cultural, el esquizoconstructivismo y la disociación psicosomática abonados por la ideología *queer*. En lo que sigue, intentaremos una breve refutación de algunos argumentos contrasexuales basándonos en algunos elementos del giro realista y material del último siglo (Binetti, *En torno a un nuevo realismo feminista*).

En primer lugar, es necesario desmontar la falacia que pretende volver a instalar un inviable dualismo naturaleza-cultura, biología-lenguaje, cuerpo-mente

---

<sup>1</sup> Aludimos en concreto a las definiciones de «sexo» y «género» de las Naciones Unidas; a la definición de «sexualidad» de la Organización Mundial de la Salud, entendida como una dimensión central de la persona que integra factores biológicos, psicológicos, sociales, económicos, políticos, culturales, éticos, legales, históricos, religiosos y espirituales; y en consistencia con lo anterior, al concepto de «diferencia sexual» como constitutivo radical y transversal en la línea del pensamiento de la diferencia sexual, especialmente de Luce Irigaray.



como si debiésemos escoger entre una supuesta naturaleza inmutable, determinista e inmediatamente dada, y una cultura dinámica, contingente e imprevisible; o como si, peor aún, debiésemos pensar cada término como un compartimento estanco, opuesto e independiente del otro. Entre una identidad natural inmutable y una pura diferencia cultural indiferente, el falogocentrismo tradicional elige la primera alternativa, el falogocentrismo *queer*, la segunda. El realismo feminista de la diferencia sexual, en cambio, se mueve en los términos medios, superadores de falsas alternativas y exclusiones abstractas. La ausencia de conceptos mediales, modelos complejos y perspectivas integradoras desemboca en un inevitable reduccionismo conceptual y una profunda distorsión política. Esto vale en particular respecto del inviable dualismo sexo-género, fruto de representacionismo abstracto donde lo real son las cadenas de representaciones y significantes que, o bien producen las cosas, o bien organizan una materia amorfa.

Un feminismo realista parte de que la realidad no es reducible a significantes y representaciones abstractas, para asumir un paradigma filosófico complejo, plural y robusto, capaz de integrar dinámica y recíprocamente las múltiples fuerzas que componen lo real. Su concepto de naturaleza es el de una realidad autopoiética, plástica y abierta, en permanente generación de sentido. En efecto, por lo menos desde Darwin sabemos que la naturaleza está en constante evolución y sus transformaciones ocurren en la interacción con el medioambiente y la acción humana. Naturaleza y cultura constituyen así un continuo vital inter- e intraactivo, explicable por modelos sinérgicos de fuerzas orgánicas y culturales, paradigmas no lineales y multidireccionales, mecanismos de retroalimentación, ramificaciones y bucles. La realidad se dice, opera y emerge de muchas maneras, irreducibles a la monocausalidad omniexplicativa del discurso sociopolítico. A diferencia del androcentrismo supuesto por el constructivismo *queer*, el realismo que defendemos supone que naturaleza y cultura son distinguibles en su mutua imbricación y cooperatividad. Ni el cuerpo es una *tabula rasa* o un flujo de energías a la espera de ser impreso culturalmente, ni la cultura emerge en el vacío significante. Por el contrario, lo real es en todo caso mediación de ambos términos, síntesis dinámica o interface entre pensamiento y ser.

Desde este punto de vista, la monocausalidad sociolingüística constituye una abstracción disfuncional, fundada en una distorsión androcéntrica y voluntarista decidida a performar la materia cual pasivo receptáculo amorfo: esa vieja historia falogocéntrica de la materia significada por la forma advenida. A pesar de su relato antimetafísico, antiesencialista y postfundacional, lo cierto es que las teorías *queer* suponen una metafísica encubierta que pretende fundar y explicar todas las cosas a partir de estructuras discursivas. Incluso sus versiones materialistas suponen una suerte de fluido vital amorfo deleuziano-guattariano formateado por la maquinaria social. A fuerza de estructuras socioculturales, el neoesencialismo *queer* identifica a mujeres y varones con los mismos estereotipos normativos contra los cuales choca, ofreciéndoles a cambio alguna recombinación de identidades de género que los emancipe de la norma. Esto significa que, por definición, mujeres y varones no pueden emanciparse en cuanto que tales.

Lejos de todo reduccionismo sociodiscursivo, el feminismo de la diferencia ofrece una conceptualización de lo sexual compleja, dinámica e integral, capaz de



reconocerse como tercer espacio de mediación creadora más allá del representacionismo de género (Binetti, *On the Ontological Concept*). Pensar la diferencia sexual es por eso pensar en la superación del naturalismo y el constructivismo ingenuos, porque elegir entre las esencias eternas del hiperurano platónico y las *performances* de los puros sujetos discursivos no es ninguna opción. Lo real de la diferencia sexual es acción recíproca y multiplicidad sinérgica de una materialidad plástica y abierta, capaz de integrar las dimensiones somatopsicosocial y existenciales de la persona. La persona de la diferencia sexual no es el mero efecto programático del sistema cultural, sino un sujeto material y sexuado en todos los planos de su existencia personal y libre. De aquí que el feminismo de la diferencia sexual –como lo piensan Luce Irigaray, Luisa Muraro, Elizabeth Grosz o Rosi Braidotti– conciba a las mujeres como una identidad sexual múltiple y diversa, cuya esencia coincide con un continuo diferir creador, irreducible a repeticiones fonéticas o intercambio de roles.

La estructura psíquica de los postsujetos postcuerpo, disociada del cuerpo orgánico y fragmentada en una suma de «características sexuales» recombinables (*Principios de Yogyakarta*, 2017), sin órganos ni organicidad, se reduce de suyo a la fugaz apercepción imaginaria de cada instante y sus concomitantes microagencias carentes de continuidad, desarrollo, historia subjetiva o principio de realidad. Las relaciones entre postsujetos son también praxis discursivas, conforme con las cuales los individuos se relacionan no propiamente entre sí sino más bien con el lenguaje y las posiciones discursivas investidas por cada cual. Sus contrasexualidades se juegan en goces autorreferenciales –sin falta ni intencionalidad– que desmienten toda posibilidad de norma y medida. Cada postsujeto gravita sobre sí mismo y sus fetiches, desconectado del otro como sujeto personal. El deseo subjetivo, sostenido por la incompletitud del sujeto, es aquí «reemplazado por un circuito pulsional cerrado, que reverbera sobre los objetos narcisistas de goce, anclado en un cuerpo mortificado y desubjetivado» (Milmaniene 47). En lugar de un sí mismo con rostro, historia y un otro personal, el goce contrasexuado funciona a fuerza de fetiches, piezas y dildos transhumanos, disponibles para uso instrumental.

La concepción antropológica de postsujetos discursivos, disociados y fragmentados es efecto performativo de la dessexualización y neutralización del propio lenguaje. El comúnmente llamado «lenguaje inclusivo» no es en realidad ningún lenguaje, sino una serie de estrategias y modificaciones discursivas que buscan incluir a las mujeres dentro de los géneros como uno más. Su objetivo central consiste en invisibilizar las marcas de la diferencia sexual femenina y masculina, sustituyéndolas por un supuesto «neutro» universal y omniinclusivo representado por la «e» o «x», o bien por personas + funciones o partes, «personas gestantes», «amamantantes», «menstruantes», «ovulantes», «eyaculantes», libres de percibirse como varones, mujeres, no binarios, andróginos etc. La neutralización lingüística se supone erradicar, por repetición fonética o performatividad, las jerarquías de poder y las discriminaciones entre los géneros. Acoso, violaciones, abuso sexual de la infancia, prostitución, pornografía, explotación reproductiva, matrimonios forzados, ablaciones, etc., son ahora una cuestión identitaria, compartida por varones, mujeres, andrógines, no binarios, etc. La desigualdad estructural basada en el sexo desaparece así bajo una presunta homogenización formal que reproduce las grandes asi-



metrías de poder, ahora encubiertas por un supuesto neutro que es siempre, como sabemos las feministas, masculino.

El mismo encubrimiento opera la identificación del patriarcado con la heteronormatividad, como si un falogocentrismo homosexual o transexual fuera algo imposible. Las supuestas democracias anales esconden que el patriarcado es por antonomasia hom(br)osexual y en él las mujeres funcionan como piezas del intercambio contractual masculino (Raymond 11). También en aquellas culturas donde la homosexualidad y la pedofilia han sido instituciones reconocidas socialmente, las mujeres son usadas como objetos de reproducción mientras que se reserva el auténtico placer a las relaciones entre varones. Las políticas sado-anales consagran un modelo unívoco de sexualidad fundado en las relaciones de poder y penetración activo-pasivo, *top-bottom*, oso-marica, adulto-menor. Hasta la fecha, debemos confesar que el igualitarismo anal aún no ha llegado, y lo que vemos de su parte es la mera reproducción homo de los dispositivos de control heterosexual, incluyendo el matrimonio, la sucesión hereditaria, la conformación de una familia biológica y la descendencia genética individual vía explotación reproductiva de las mujeres (*Un apartamento* 70).

Las políticas contrasexuales redefinen entonces la diferencia sexual en términos socioconstructivistas a fin de vaciarla de contenido, desontologizar a las mujeres (Malabou 99) e instituir un relativismo ético-político que habilite la desregulación del mercado postcuerpo. La explotación sexual y reproductiva retorna bajo las consignas de un transindividualismo psicoidentitario cuyas máximas supremas son el libre consentimiento y el empoderamiento individual. El cuerpo disociado y desmembrado de mujeres y niños queda habilitado como dispositivo masturbatorio libremente comercializable (Preciado, *Un apartamento* 90-91). El ideario contrasexual radicaliza el acceso irrestricto de los varones a las mujeres sumando a la clásica penetración sexual, la inédita penetración contrasexual a espacios, servicios, deportes, cupos, premios y todo un universo simbólico femenino, ahora inclusivo de todo varón que enuncie sentirse mujer (Jeffreys, *La herejía* 129; Frye 130).

Más allá de su retórica subversiva, tales políticas resultan profundamente conservadoras y reaccionarias, ancladas a los estereotipos sexistas que fragmentan y recombinan. Parodiar no es erradicar, invertir o recombinar no es transformar. Aquellas son por principio incapaces de superar el orden hegemónico al cual se oponen porque son, en definitiva, meros contra-efectos suyos. Los postsujetos *queer* y sus multitudes son producto del aparato social contra el cual chocan, epifenómenos de este mismo «inmovilizados en una sociedad de disciplina» (Hekman 216-17). A lo sumo les cabe resistir a fuerza de parodias y simulacros, a sabiendas de que «la resistencia nunca es exterior al poder» (Sáez 31), sino intrínseca a sus anudamientos, entretejidos y mediaciones. Para lo *queer*, cualquier instancia subjetiva, consciente o inconsciente, que escapara a reduccionismo social supondría un resto esencialista inadmisibles. En breve, las contrasexualidades están previstas por el sistema. Por lo demás, dada la índole diseminada, molecular y rizomática de las microficciones políticas, tampoco hay a su respecto estructuras de injusticia o desigualdad social por erradicar. Lo que existe en todo caso son identidades





sociales interseccionadas por infinidad de otras identidades sociales todas ellas profundamente sentidas según cada cual, en búsqueda de reconocimiento identitario y ventajas económicas.

Las *performances queer* ponen en marcha la parodia de los géneros apelando al impacto estético de lo grotesco, escandaloso y prohibido. Travestismo, transexualismo, transgenerismo, juego de roles, masculinidades femeninas y feminidades masculinas se suponen prácticas de desestabilización y cuestionamiento de la diferencia sexual, que abrirían un tercer espacio no binario sin referencia binaria original (Butler, *Gender* 123; Halberstam). Sin embargo, la supuesta desestabilización no pasa de ser un efecto estético fundado en un uso equívoco de masculino y femenino ya como género ya como sexo. Lo ficticio consiste en hacer creer que invertir las vestimentas, poses y otros estereotipos sexistas subvertiría la diferencia sexual. En realidad, más bien sucede lo contrario. La parodia confirma la diferencia sexual como medida en torno de la cual transitan todas las identidades, juegos de roles o *performances* disidentes. Invertir los géneros respecto del sexo no elimina el sexo ni supera los géneros, reifica ambas cosas. La feminidad teatralizada por los varones y la erotización del sometimiento está lejos de superar la desigualdad real basada en el sexo (Jeffreys, *Beauty* 49-50). Además de reproducir todos los dualismos –cis/trans, hetero/homo, bio/tecno–, las contrsexualidades *queer* perpetúan la norma respecto de la cual funcionan como parodia, carnaval y simulacro.

En la medida en que lo social se agota y agota en sí a los postsujetos discursivos, también lo transgenérico resulta un fenómeno de control social que acomoda varones y mujeres a modelos preestablecidos, con la participación fundamental de la industria biotecnológica y farmacopornográfica (Raymond; Jeffreys, *Unpacking*; Copjec 172-3). En algunos casos, se trata incluso de fenómenos de experimentación e ingeniería transhumana de efectos desconocidos a largo plazo y daños irreversibles en la salud, especialmente de menores. Ni que hablar de los daños irreversibles de la explotación sexual y reproductiva de mujeres y niñas, o los riesgos de prácticas S/M como el *fist-fucking* o las políticas *snuff*.

En última instancia, el conservadurismo contrasexual y su agenda contrapolítica insiste en la tradicional cosificación y utilización de las mujeres, ahora bajo la novedosa forma de una identidad libremente consentida, empoderante y tan fluida como los flujos del capital globalizado y los mercados *off shore*. En este punto se revela propiamente la quintaesencia de conservadurismo *queer*: en su alianza con el neoliberalismo y el mercado del cual emergen los postsujetos postcuerpos. A cambio de una constante oferta tecnogénica, la cultura contrasexual normaliza e incentiva la demanda de cuerpos en el marco de un relativismo transindividualista necesitado de construcción social. Entre la máquina deseante y la máquina de producción tecnoindustrial, hay pura identidad socioconstructivista y además comercial. Nada sorprende entonces la generosa financiación corporativa de la que gozan las políticas *queer*.

Cibernética transhumana, industria sexual, surrogación de úteros, turismo sexual y reproductivo, industrias del ocio y entretenimiento para adultos, y consumo postcuerpo exigen como encuadre cultural la ficción de lo real y su relativismo psicoidentitario. A este mercado global son ingresadas mujeres y niñas, en especial las



más pobres, ahora invisibilizadas por el nomadismo de los géneros. Por más disruptiva que parezca, estamos ante la vieja escena patriarcal.

## 6. PARA CONCLUIR: NECROPOLÍTICAS DEL GOCE

La política feminista y la política contrasexual son irreconciliables porque parten de posiciones filosóficas por principio incompatibles. El feminismo supone un realismo material sobre el cual descansa su proyecto cultural de igualdad y justicia entre mujeres y varones. El realismo material difiere del constructivismo material de corte sociopolítico en que para aquel el sentido real condiciona toda representación humana sociopolítica (Barad) y su conceptualización excede todo representacionismo abstracto (Gabriel). En virtud de este exceso de sentido real, la agenda feminista propone la abolición de los estereotipos de género a fin de liberar el potencial creador de mujeres y varones, su intrínseca multiplicidad una y diversa a la vez, *uni*-versal.

La política contrasexual supone en cambio un antirrealismo constructivista donde las cosas se reducen a los significantes, representaciones o imágenes que el aparato socioeconómico produce y los sujetos discursivos in-corporan. Se trata además de un individualismo radical, donde incluso las propiedades de los individuos son individuales. Los nombres comunes son siempre generalizaciones abstractas a las que no corresponde ninguna realidad conceptualizable. El paradigma dualista entre generalizaciones abstractas e individuos inconmensurables desemboca en procesos de molecularización y minorización cada vez más fragmentados. La política de las multitudes *queer* es identitaria, se centra en el reconocimiento de deseos y sentimientos privados en tanto que enunciaciones o expresiones de género, o bien en ficciones compartidas por grupos de identidad que reclaman ser reconocidos y financiados. Estas políticas son fundamentalmente antisociales, se oponen a la sociedad misma, a sus normas y sentidos, y persisten en la búsqueda de su disolución. De ahí su cercanía con la pulsión tanática como fuerza de desintegración, desmembramiento y disociación (Edelman).

Si eros –lo sexual– es por definición principio de integración, síntesis y creación, tánatos –lo contrasexual– es principio de desorganización y destrucción. Por eso el goce contrasexual opera más allá de todo placer y ley, por una voluntad de omnipotencia fálica infinitamente repetida. Su desmentida de la falta y su fantasía de hiperdeterminación subsisten en el vacío, porque no hay nada que determinar. Lo que hay es una pura negatividad reactiva repitiendo al infinito sus ficciones. Lo propiamente tanático de las contrasexualidades emergentes no consiste en su carácter marginal, inasimilable y siempre alterno. Lo específicamente tanático es su silenciosa voluntad de poder y destrucción.

El proyecto político contrasexual intenta hoy imponerse hegemónicamente como agenda cultural de un neo-liberalismo voraz, dispuesto a producirlo y venderlo todo. A fin de desregular el mercado contrasexual, la ideología *queer* le arrebató las armas al enemigo, las vacía de sentido y las vuelve inservibles para el sostenimiento de la comunidad humana (Córdoba, Sáez y Vidarte 169). En estos términos se han apoderado del feminismo, de los derechos humanos, de las garantías y libertades



de las mujeres basadas en su sexo, del género y diferencia sexual, convirtiéndolas en meros significantes vacíos. Su goce omnipotente repite compulsivamente un mismo acto de destrucción en el vacío de lo real. Sus *performances* se parecen más al ritual de una fijación obsesiva que a la plástica metamorfosis de la vida. Preciado habla al respecto de un ne(cr)oliberalismo necroestético (*Un apartamento* 148, 126).

Pero lo cierto es que, a pesar de esa voluntad de poder narcisista y omnipotente, el límite siempre está ahí, en la presencia irrevocable de lo real y la determinación irreducible de la diferencia sexual. Con el límite comienza la vida humana. Dependerá del feminismo afirmarlo y hacerlo valer en su incansable demanda de verdad, igualdad y justicia.

RECIBIDO: 11 de diciembre de 2020; ACEPTADO: 3 de octubre de 2021



## BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. *Principios de Yogyakarta: Principios sobre la aplicación de la legislación internacional de derechos humanos en relación con la orientación sexual y la identidad de género*, 2007 (<https://yogyakartaprinciples.org/introduction-sp/>).
- BARAD, Karen. «Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter». *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28/3 (2003), pp. 801-831.
- BAUDRILLARD, Jean. *Selected Writings*. Stanford: Stanford University Press, 1988.
- BAUDRILLARD, Jean. *Seduction*. Montreal: New World Perspectives, 1990.
- BINETTI, María. «En torno a un nuevo realismo feminista como superación ontológica del constructivismo socio-lingüístico». *Debate Feminista*, 58 (2019), pp. 76-97.
- BINETTI, María. «On the Ontological Concept of 'Sexual Difference': A Material, Dynamical and Synthetical Approach». *Philosophica Critica. International Scientific Journal of Philosophy*, 6/1 (2020), pp. 19-35 (<http://philosophicacritica.ukf.sk/binetti-61.html>).
- BINETTI, María. «Del género a los bio/cis/trans/tecnopost-géneros: el paradójico destino de una extrapolación sociologista». *Investigaciones Feministas*, 12/1 (2021), pp. 201-213 (<https://revistas.ucm.es/index.php/INFE/article/view/73267/4564456556065>).
- BUTLER, Judith. *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge, 1990.
- BUTLER, Judith. *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of 'Sex'*. New York: Routledge, 1993.
- COPJEC, Joan (ed.). *Supposing the Subject*. London & New York: Verso, 2004.
- CÓRDOBA, David; SÁEZ, Javier y VIDARTE, Paco (eds.). *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Barcelona: Egales, 2005.
- DE LAURETIS, Teresa. «Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities», en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, 3/2 (1991), pp. IV-XVIII.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós, 2004.
- EDELMAN, Lee. *No al futuro: la teoría queer y la pulsión de muerte*. Barcelona: Egales, 2014.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2014.
- FOUCAULT, Michel. *Language, Madness, and Desire. On Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2015.
- FOUCAULT, Michel. *¿Qué hacen los hombres juntos?* Madrid: Grupo Editorial Cinca, 2015.
- FRYE, Marilyn. *The Politics of Reality: Essays in Feminist Theory*. Nueva York: The Crossing Press, 1983.
- GABRIEL, Markus. *Sentido y existencia. Una ontología realista*. Barcelona: Herder, 2017.
- HALBERSTAM, Jack. *Female Masculinity*. Durham: Duke University Press, 2005.
- HARAWAY, Donna J. *Manifestly Haraway*. Minneapolis & London: University of Minnesota Press, 2016.
- HEKMAN, Susan J. (ed.). *Feminist Interpretations of Michel Foucault*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 1996.
- HOCQUENGHEM, Guy. *El deseo homosexual*. Madrid: Melusina, 2009.



- JEFFREYS, Sheila. *Anticlimax: A Feminist Perspective on the Sexual Revolution*. New York: NYU Press, 1991.
- JEFFREYS, Sheila. *Unpacking Queer Politics. A Lesbian Feminist Perspective*. London: Polity Press, 2003.
- JEFFREYS, Sheila. *Beauty and Misogyny: Harmful Cultural Practices in the West*. London & New York: Routledge, 2005.
- JEFFREYS, Sheila. *La herejía lesbiana: una perspectiva feminista de la revolución sexual lesbiana*. Madrid: Cátedra, 2006.
- LEIDHOLD, Dorchen y RAYMOND, Janice G. *The Sexual Liberals and the Attack on Feminism*. New York: Teachers College Press, 1990.
- LÓPEZ PENEDO, Susana. *El laberinto queer*. Barcelona: Egales, 2008.
- LYOTARD, Jean-François. *Economía libidinal*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- MALABOU, Catherine. *Changing Difference. The Feminine and the Question of Philosophy*. Cambridge: Polity Press, 2011.
- MARCUSE, Herbert. *Eros y civilización*. Madrid: Sarpe, 1983.
- MÉRIDA JIMÉNEZ, Rafael E. (ed.). *Sexualidades transgresoras. Una ontología de estudios queer*. Barcelona: Icaria, 2002.
- MILMANIENE, José E. *Clínica de la diferencia en tiempos de perversión generalizada*. Buenos Aires: Biblos, 2010.
- NICHOLSON, Linda (ed.). *Feminismo/posmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria, 1992.
- PRECIADO, Paul-B. *Manifiesto contrasexual*. Madrid: Opera Prima, 2002.
- PRECIADO, Paul-B. «Multitudes queer. Notes por une politiques des ‘anormaux’». *Multitudes*, 12 (2003), pp. 17-25.
- PRECIADO, Paul-B. *Terror anal y manifiestos recientes*. Buenos Aires: La isla de la luna, 2013.
- PRECIADO, Paul-B. *Testo Yonqui*. Buenos Aires: Paidós, 2014.
- PRECIADO, Paul-B. *Trans-Fem.I.Nism, Purple*. 24 (2015) (<https://purple.fr/magazine/fw-2015-issue-24/trans-fem-i-nism/>).
- PRECIADO, Paul-B. *Un apartamento en Urano*. Barcelona: Anagrama, 2019.
- PRECIADO, Paul-B. *El sujeto del feminismo es el Proyecto de transformación radical de la sociedad en su conjunto*. 2019 ([https://www.eldiario.es/sociedad/Entrevista—Paul—Preciado\\_0\\_951555075.html](https://www.eldiario.es/sociedad/Entrevista—Paul—Preciado_0_951555075.html)).
- PULEO, Alicia. *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Madrid: Cátedra, 1992.
- RAYMOND, Janice G. *The Transsexual Empire. The Making of She-Male*. New York: Athene, 1994.
- RAYMOND, Janice G. *A Passion for Friends. Toward a Philosophy of Female Affection*. Melbourne: Spinifex, 2001.
- RUBIN, Gayle. «The Traffic in Women. Notes on the Political Economy of Sex», en Reiter, Rayna R. (ed.), *Toward an Anthropology of Women*. New York & London: Montly Review Press, 1975, pp. 157-210.
- RUBIN, Gayle. «Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality», en Vance, Carole S. (ed.), *Pleasure and Danger*. London: Routledge & Kegan Paul, 1984, pp. 267-319.
- RUBIN, Gayle. *Deviations*. Durham & London: Duke University Press, 2011.



SÁEZ, Javier. *Teoría Queer y psicoanálisis*. Madrid: Editorial Síntesis, 2004.

SÁEZ, Javier y CARRASCOSA, Sejo. *Por el culo. Políticas anales*. Barcelona: Egales, 2011.

